

## La doble ruptura de expectativas: estigma y discapacidad visual invisible en la sociedad contemporánea

### *Double breach of expectations: stigma and invisible visual impairment in contemporary society*

I. Ventura Trenado

#### Resumen

Este análisis explora el fenómeno de la discapacidad visual invisible en la sociedad contemporánea, reflexionando sobre cómo su carácter no evidente conlleva una doble ruptura de expectativas sociales y favorece dinámicas complejas de estigmatización y exclusión. Desde una perspectiva sociológica, se problematiza la construcción de la diferencia y se profundiza en conceptos como estigma, visibilidad e identidad, articulando referentes teóricos clásicos como los aportes de Mead y Goffman. El documento evidencia así que quienes viven con discapacidad visual no reconocible enfrentan una constante necesidad de legitimación y barreras simbólicas singulares, tanto en su interacción cotidiana como ante las instituciones. A partir de experiencias situadas, se muestran tensiones que oscilan entre la fragilidad de la invisibilidad y la carga del señalamiento cuando la discapacidad se hace manifiesta. La reflexión final enfatiza la urgencia de transformar los marcos educativos, culturales y comunicativos para superar la lógica binaria entre lo visible y lo invisible, proponiendo estrategias colectivas, interdisciplinarias y participativas que resignifiquen la diferencia, generen nuevas narrativas de reconocimiento y favorezcan una inclusión real y sostenible.

#### Palabras clave

Discapacidad visual invisible. Estigma. Expectativas sociales. Exclusión. Identidad. Inclusión.

Ventura Trenado, I. (2025). La doble ruptura de expectativas: estigma y discapacidad visual invisible en la sociedad contemporánea. *RED Visual: Revista Especializada en Discapacidad Visual*, (86), 48-60. <https://doi.org/10.53094/UESP6980>.

## Abstract

This analysis explores the phenomenon of invisible visual impairment in contemporary society, reflecting on how its non-obviousness leads to a double breach of social expectations and favours complex dynamics of stigmatisation and exclusion. From a sociological perspective, the construction of difference is problematised and concepts such as stigma, visibility and identity are explored in depth, using classic theoretical references such as the contributions of Mead and Goffman. The paper shows that persons living with non-recognisable visual impairment face a constant need for legitimisation and unique symbolic barriers, both in their daily interactions and with institutions. Based on situated experiences, tensions are revealed that oscillate between the fragility of invisibility and the burden of being signalled when the disability becomes manifest. The final reflection emphasises the urgency of transforming educational, cultural and communicative frameworks to overcome the binary logic between the visible and the invisible, proposing collective, interdisciplinary and participatory strategies that re-signify difference, generate new narratives of recognition and favour real and sustainable inclusion.

## Key words

Invisible visual impairment. Stigma. Social expectations. Exclusion. Identity. Inclusion.

---

## 1. Introducción

La discapacidad, lejos de constituir un fenómeno marginal, se revela como una realidad estructural inherente a toda sociedad contemporánea. Desde la perspectiva sociológica, no se trata únicamente de un atributo individual de carácter biomédico, sino de una construcción social atravesada por múltiples factores culturales, históricos, políticos y económicos. En efecto, la Organización Mundial de la Salud (2022) estima que más de 1300 millones de personas en el planeta —aproximadamente el 16 % de la población mundial— conviven con algún grado de discapacidad significativa; cifras que ponen en entredicho cualquier consideración de excepcionalidad. En el contexto español, la *Encuesta de discapacidad, autonomía personal y situaciones de dependencia* (Instituto Nacional de Estadística, 2022) informa de 4,38 millones de personas que se autodeclaran en situación de discapacidad, lo que equivale prácticamente a un 10 % de la población nacional. Estos datos, ya de por sí reveladores, deben comprenderse no únicamente como un recuento demográfico, sino como una evidencia empírica

---

Ventura Trenado, I. (2025). La doble ruptura de expectativas: estigma y discapacidad visual invisible en la sociedad contemporánea. *RED Visual: Revista Especializada en Discapacidad Visual*, (86), 48-60. <https://doi.org/10.53094/UESP6980>.

de la necesidad de abordar la discapacidad desde una mirada transversal, crítica y multivariable.

El fenómeno de la discapacidad, sin embargo, dista de ser homogéneo. Los individuos que forman parte de este amplio colectivo transitan diariamente experiencias diferenciadas en lo material y en lo simbólico, atravesadas, además, por factores como el género, la clase social, la edad, el origen étnico o la geografía. Esta diversidad debe comprenderse también en su dimensión perceptiva y representacional: no todas las discapacidades son socialmente codificadas del mismo modo, ni generan idénticas expectativas en su interacción con el entorno. Es precisamente en este punto donde adquiere relevancia un eje conceptual clave para el presente análisis: la distinción entre discapacidad visible e invisible. Dicho binomio, que se encuentra cada vez más presente en la literatura académica y en los debates sobre inclusión, remite a diferencias fundamentales en la manera en que la sociedad percibe y responde ante la discapacidad. No es lo mismo enfrentarse a una ceguera total —rápidamente asociada a determinados símbolos, como el bastón blanco o el perro guía— que convivir con una deficiencia visual grave o baja visión que, desde el exterior, puede parecer indistinguible de la normalidad visual.

La invisibilidad, por definición, supone un desafío adicional. La ausencia de signos externos evidentes coloca a estas personas en un estado de sospecha permanente, obligadas a dar justificaciones, negociar constantemente el relato de su cuerpo y enfrentarse a la incredulidad social. En contraposición, lo visible —aunque también estigmatizado— genera reacciones más inmediatas de aceptación del hecho físico, aunque estas a menudo se traduzcan en paternalismo, condescendencia o infantilización. En ambos casos, por tanto, lo que emerge no es únicamente una desigualdad material, sino una dialéctica simbólica del estigma que resulta crucial desentrañar.

La cuestión que atraviesa este trabajo se centra, por tanto, en el estigma aplicado a la discapacidad visual invisible. La elección no es arbitraria: de acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (2019), más de 2200 millones de personas presentan algún tipo de dificultad visual en el planeta, la cual, en al menos 1000 millones, podría haberse evitado mediante diagnóstico y tratamiento. En el caso español, se estima que existen aproximadamente un millón de personas con discapacidad visual, de las cuales apenas un 6% corresponde a personas con ceguera total y un abrumador 94% a personas con distintos grados de baja visión (Gómez-Ulla y Ondategui, 2012). Esta distribución estadística subraya la relevancia de interrogar los modos en que

se construye socialmente la diferencia: mientras la imagen del «ciego total» ha sido culturalmente establecida como figura reconocible, la deficiencia visual grave y la baja visión suelen ocupar un limbo de indeterminación, invisibilizada en discursos, políticas y prácticas sociales.

Desde una mirada sociológica, este fenómeno debe ser leído a la luz de categorías como *estigma* y *exclusión social*. Siguiendo a Goffman (1963), el estigma no es un mero atributo biográfico, sino una relación social que emerge de la discrepancia entre la identidad real y la identidad socialmente asignada. En el caso de la discapacidad visual visible, dicha discrepancia se resuelve muchas veces en torno a la sobreadaptación: un exceso de reconocimiento que infantiliza y limita la agencia de la persona. En cambio, en la discapacidad visual invisible, la discrepancia opera en el sentido contrario, negando la condición de discapacidad y colocando a la persona en una constante necesidad de legitimación. Ambos circuitos de estigmatización, aunque opuestos en apariencia, comparten la misma consecuencia estructural: la restricción de la autonomía, la limitación de la participación plena y la consolidación de la desigualdad social.

Así, la pregunta que guía este análisis puede sintetizarse de la siguiente manera: ¿cómo impacta la invisibilidad de la discapacidad visual en la experiencia de estigma?

## 2. El *self* y el *I* de Mead como marco analítico para la discapacidad visual invisible

La comprensión de la experiencia individual y colectiva de la discapacidad visual invisible encuentra una explicación teórica robusta en la distinción conceptual propuesta por George Herbert Mead entre el *self* y el *I*. El *self* representa la totalidad de la experiencia consciente de la persona, incluyendo pensamientos, emociones, percepciones y acciones, formando la identidad integral del individuo, mientras que el *I* corresponde al aspecto activo y consciente del *self* que vive el presente y toma decisiones en interacción con el entorno social (Mead, 1991).

En el contexto de la discapacidad visual, el *self* conecta con la autopercepción y la experiencia interna del individuo sobre su condición, mientras que el *I* refleja la forma en que la persona decide presentarse y actuar en la sociedad, modulando su identidad en función de las demandas y expectativas sociales. El sujeto con discapacidad visual

invisible se halla en una posición de tensión entre estos dos polos: el *self* reconoce una condición que no es evidente para los demás, mientras que el *I* debe gestionar cuidadosamente el modo en que esta se revela o se oculta en su desempeño social, con el fin de minimizar el riesgo de discriminación.

Este proceso de gestión de la identidad implica la selección estratégica de qué aspectos de la discapacidad compartir o disimular, configurando una dinámica de doble realidad: la vivida internamente y la mostrada externamente. Al hacerlo, la persona con discapacidad visual invisible actúa en un escenario donde debe lidiar con las expectativas y prejuicios sociales que dictan cómo debe ser y comportarse alguien con discapacidad y, simultáneamente, con aquellas normas de normalidad que regulan el comportamiento de individuos «sin discapacidad». Esta dualidad, constituye un mecanismo dramático de presentación del yo en sociedad que, en el caso del colectivo invisible, es particularmente complejo y está cargado de contradicciones.

### 3. Expectativas sociales: la norma, la discapacidad y la ruptura invisible

La teoría sociológica contemporánea sitúa a las expectativas sociales como marcos normativos que diseñan los roles y comportamientos esperados para los individuos dentro de un grupo social (Goffman, 1963). La discapacidad visual visible, al ser fácilmente reconocible, se inserta en un esquema estereotipado que, aunque estigmatizante, responde a una expectativa clara y convencional de cómo debe «ser» alguien con discapacidad. Estas expectativas, aunque cargadas de prejuicios de dependencia o paternalismo, ofrecen a la persona un marco reconocible de interacción social.

Por contraste, la discapacidad visual invisible desafía este esquema porque su naturaleza oculta no se ajusta a los imaginarios colectivos instalados ni en la norma ni en la discapacidad misma. La persona con deficiencia visual grave o baja visión puede no cumplir con las imágenes convencionales de discapacidad visual —al no portar dispositivos o señales externas manifiestas—, pero sí enfrenta limitaciones funcionales significativas. Este desajuste genera una tensión con las expectativas: ni la norma social reconoce su diferencia porque no es visible, ni su comportamiento y necesidades se ajustan a los de la normatividad. Rompe así no una sino dos expectativas: la normalidad normativa y la discapacidad normativizada.

---

Ventura Trenado, I. (2025). La doble ruptura de expectativas: estigma y discapacidad visual invisible en la sociedad contemporánea. *RED Visual: Revista Especializada en Discapacidad Visual*, (86), 48-60. <https://doi.org/10.53094/UESP6980>.

Ejemplos concretos, como el de justificar la solicitud de ayuda o la obtención de una reacción violenta como consecuencia de no haber visto algo, ilustran esta doble disrupción. La dificultad constante de tener que explicar la discapacidad —y no solo en lo que consiste, sino el mero hecho de necesitar verbalizar que esa persona concreta la padece— ante la incomprensión social, refleja cómo debe construir socialmente su identidad para hacer visible lo invisible. Esta situación contrasta con la experiencia media de personas con ceguera total, en la que la discapacidad visible induce una aceptación social inmediata, aunque cargada de paternalismo o sobreprotección. Mientras que estos últimos enfrentan una sobreexposición social que puede conducirlos a la infantilización, los primeros lidian con la incredulidad y la negación velada.

En este marco de tensiones normativas y percepciones sociales, resulta imprescindible detenerse en las consecuencias que la discapacidad visual invisible acarrea en la vida cotidiana de quienes la experimentan. No se trata únicamente de una cuestión de reconocimiento o de legitimidad social, sino de un conjunto de efectos concretos que impactan en la forma en que estas personas interactúan, se representan a sí mismas y son interpretadas por los demás.

La primera consecuencia —quizás la más evidente de todas— es el agotamiento que produce la necesidad constante de justificar la discapacidad. Al no existir señales visibles que legitimen la dificultad visual, muchas personas sienten que deben explicar una y otra vez su condición para acceder a recursos, comprensión o incluso para evitar juicios negativos. Esta justificación repetida no se limita a contextos formales como el médico o laboral, sino que invade pequeños momentos de la cotidianidad. Por ejemplo, al equivocarse de tren porque no se distingue bien el cartel de destino, la persona se ve obligada a aclarar que no es despiste, sino una limitación visual; o al pedir a un camarero que lea el menú en letra pequeña, debe insistir en que no se trata de pereza, sino de imposibilidad real de leerlo. La reiteración de estas explicaciones cansa emocionalmente, desgasta la paciencia y genera un sobreesfuerzo comunicativo que los demás no suelen percibir. Con el tiempo, este cansancio se convierte en una forma de fatiga social que impacta directamente en la calidad de vida.

Un segundo efecto, tiene que ver con los riesgos sociales vinculados a la petición de ayuda. Desde una primera perspectiva, muchas personas optan por no solicitarla por miedo a la incredulidad, el desinterés o incluso la burla. Así, evitar preguntar por la parada correcta del autobús o la ubicación de un número de calle puede llevar a

desorientaciones innecesarias, aunque la persona prefiera perder tiempo o exponerse a errores antes que sufrir un comentario sarcástico. Desde la perspectiva inversa, cuando sí se solicita ayuda, con frecuencia aparece la sospecha o incomodidad en el entorno: frases como «¿Cómo no lo ves, si está ahí delante?» ponen en duda la necesidad, invalidando la experiencia subjetiva de la discapacidad. Un ejemplo recurrente aparece en espacios comerciales, donde pedir a alguien la lectura de precios en etiquetas pequeñas genera miradas extrañadas, como si se pidiera algo fuera de lugar. Ambos escenarios —evitar la ayuda o recibir rechazo al solicitarla— generan un clima de hostilidad social que refuerza la sensación de aislamiento.

La tercera repercusión emerge en forma de estrategias de afrontamiento orientadas a camuflar la dificultad. Para evitar explicaciones incómodas, muchas personas atribuyen sus fallos visuales a otras causas socialmente aceptadas. Frases como «Me olvidé mis gafas en casa» sirven para justificar no haber leído un cartel; mientras que «Es que estaba distraído» suaviza la incapacidad para detectar a alguien que saluda a distancia. Una situación muy común ocurre en escenas sociales: cuando no se reconoce a una persona hasta que está muy cerca, se prefiere alegar «Perdona, estaba en mis pensamientos» antes que revelar la baja visión. Si se tropieza en la calle con un obstáculo, se atribuye a «torpeza» en lugar de admitir que no se vio con claridad. Estas estrategias permiten mantener una cierta imagen social y evitan tener que explicar la discapacidad continuamente, pero también generan un sobreesfuerzo constante por sostener el personaje, a la vez que priva al entorno de recursos para comprender las verdaderas necesidades.

Otra secuela es la exclusión social que resulta de la incompreensión del comportamiento derivado de la discapacidad en contextos de interacción. Acciones como no responder a un saludo, no devolver una mirada o entrar en el transporte por la puerta equivocada pueden leerse como descortesía, frialdad o rareza, cuando, en realidad, responden a limitaciones perceptivas. Esta confusión alimenta la idea de que la persona «se comporta raro» o «tiene algo extraño», lo que, a menudo, desemboca en cierto distanciamiento dentro de los grupos. En cenas o reuniones, por ejemplo, no seguir con fluidez las conversaciones con apoyo de gestos y miradas puede hacer que se perciba aislamiento, aunque la persona intente participar activamente. También es común que, al no reconocer rostros en lugares públicos, se les acuse de «soberbios» o «despistados crónicos». Tales percepciones deformadas alimentan dinámicas de exclusión, reforzando estereotipos negativos y dificultando la integración plena.

---

Ventura Trenado, I. (2025). La doble ruptura de expectativas: estigma y discapacidad visual invisible en la sociedad contemporánea. *RED Visual: Revista Especializada en Discapacidad Visual*, (86), 48-60. <https://doi.org/10.53094/UESP6980>.

La quinta derivación está vinculada a la autoestima y a la aceptación de la propia discapacidad. Dado que, en ocasiones, disimular puede resultar funcional —como, en una entrevista laboral, evitar revelar la baja visión para no sufrir prejuicios—, la persona aprende a ocultar constantemente su condición. Sin embargo, este mecanismo que, a corto plazo, ofrece beneficios, erosiona progresivamente la autoaceptación. La constante necesidad de proteger la imagen social favorece sentimientos de vergüenza, inseguridad y ambivalencia. Mientras que exteriormente se proyecta normatividad, interiormente se instala un conflicto entre el deseo de autenticidad y el miedo a ser juzgado. Como muestra, una estudiante universitaria con deficiencia visual grave puede preferir no admitir que necesita aumentos de tiempo en exámenes, buscando estrategias individuales más agotadoras, lo que no solo afecta a su rendimiento, sino también a la forma en que se valora a sí misma. Este vaivén entre mostrar y esconder genera un impacto profundo en la construcción de la identidad personal.

Por último, un producto transversal que se suma a todo lo anterior es la vulnerabilidad estructural que se construye alrededor de la discapacidad visual invisible. La suma del cansancio de justificarse, el rechazo en la ayuda, el camuflaje constante, la exclusión social y los problemas de autoestima producen una cadena de efectos que condicionan la experiencia vital de manera integral. Esto se traduce en una reducción de oportunidades: desde evitar actividades nocturnas por miedo a exponerse, hasta rechazar invitaciones sociales en las que, probablemente, se deba explicar o demostrar la discapacidad. El impacto no se limita al plano psicológico, sino que afecta también a la productividad laboral, la inserción educativa y la participación cultural. En este sentido, la invisibilidad no solo marca la percepción que otros tienen, sino que moldea la propia forma de habitar el mundo y relacionarse con él.

#### **4. Estrategias para abordar la problemática: educación, sensibilización, comunicación y apoyo institucional**

La discusión en torno a la discapacidad visual invisible, cuando se sitúa en el marco del estigma y de la doble ruptura de expectativas sociales, nos conduce inevitablemente a la necesidad de imaginar y desplegar estrategias colectivas orientadas a desarticular los circuitos de discriminación simbólica. No basta con describir ni con diagnosticar: el desafío reside en transformar estructuras y prácticas sociales que perpetúan la invisibilidad. Para ello, es preciso articular un campo de acción transversal que opere

---

Ventura Trenado, I. (2025). La doble ruptura de expectativas: estigma y discapacidad visual invisible en la sociedad contemporánea. *RED Visual: Revista Especializada en Discapacidad Visual*, (86), 48-60. <https://doi.org/10.53094/UESP6980>.

simultáneamente en varios niveles: la educación, la sensibilización comunitaria, el diseño de políticas públicas, la responsabilidad institucional, la comunicación social, la construcción cultural y la generación de entornos accesibles. Cada una de estas dimensiones no constituye un compartimento estanco, sino que todas convergen en un entramado complejo en el que el cambio cultural se convierte en el verdadero horizonte.

#### **4.1. Educación como base estructural**

La educación, entendida en un sentido amplio que trasciende el ámbito meramente escolar, constituye la herramienta fundamental para modificar la concepción social de la discapacidad visual invisible. El sistema educativo formal posee la capacidad de incidir de manera temprana en la construcción de imaginarios sociales, y en él se juega una batalla decisiva por desmontar prejuicios interiorizados desde la infancia. El reto no consiste únicamente en incluir contenidos específicos sobre discapacidad en los temarios, sino en reconfigurar la pedagogía para que el reconocimiento de la diversidad forme parte de la socialización cotidiana. Una educación transformadora debería enseñar a reconocer que lo que no siempre se ve también existe; que la experiencia humana es amplia y heterogénea; que la discapacidad no puede ser comprendida únicamente desde su manifestación visible.

En las aulas, la presencia de ejemplos que visibilicen la deficiencia visual grave y la baja visión o las limitaciones visuales que no se identifican externamente tendría un efecto multiplicador. La construcción de proyectos inclusivos, dinámicas participativas y relatos de experiencias reales permitirían que niños y niñas, adolescentes y jóvenes desarrollen empatía ante realidades que no forman parte de la evidencia inmediata. Este proceso formativo debería articular además metodologías horizontales en las que los propios estudiantes con discapacidad visual invisible sean protagonistas de su narrativa, reconocidos como agentes que explican y definen su experiencia.

Pero la educación no se limita al ámbito escolar. Existe también una educación social permanente que alcanza a la ciudadanía en su conjunto. Talleres comunitarios, campañas públicas en medios, formación en empresas, protocolos de atención en espacios públicos: todos estos dispositivos pueden servir como plataformas educativas que contrarresten el desconocimiento. El objetivo es pasar de la lógica de «enseñar sobre la discapacidad» a la lógica de «reconocer la diversidad en la discapacidad como parte constitutiva de lo humano».

---

Ventura Trenado, I. (2025). La doble ruptura de expectativas: estigma y discapacidad visual invisible en la sociedad contemporánea. *RED Visual: Revista Especializada en Discapacidad Visual*, (86), 48-60. <https://doi.org/10.53094/UESP6980>.

## 4.2. Sensibilización social y construcción de empatía colectiva

Más allá de la educación formal, se requiere un movimiento cultural más amplio que sensibilice a la sociedad respecto a las características de la discapacidad visual invisible y a sus implicaciones vitales. La sensibilización implica un cambio de percepción colectiva, un desplazamiento desde la sospecha hacia el reconocimiento, desde la incredulidad hacia la comprensión.

Este proceso no puede limitarse a campañas ocasionales de concienciación, sino que debe configurarse como parte de una estrategia cultural sostenida en el tiempo. La clave radica en la generación de narrativas sociales que contrarresten los estereotipos dominantes. La discapacidad visual invisible, al no ofrecer imágenes simbólicas inmediatas que la representen, requiere de un esfuerzo doble en el terreno de la comunicación cultural: es necesario hacer visible lo invisible sin caer en la espectacularización de la diferencia.

La sensibilización puede llevarse a cabo mediante iniciativas artísticas, producciones audiovisuales, formatos literarios o teatrales, experiencias inmersivas que trasladen a la población general a situaciones que revelen las dificultades de convivir con una baja visión. Los festivales, los museos, las intervenciones urbanas y las acciones colectivas en espacios públicos ofrecen escenarios privilegiados para romper con la inercia de la indiferencia. El arte, en este sentido, se convierte en herramienta social de dislocación de los sentidos y de reapropiación del espacio simbólico.

La empatía no surge automáticamente: debe cultivarse, y ello demanda una disposición colectiva a escuchar las voces de quienes han sido sistemáticamente invisibilizados. La construcción empática pasa por reconocer que lo que para algunos constituye una excepción, para otros es la norma de cada día. La meta no es la compasión ni la lástima, sino la aceptación plena de la diferencia como parte del tejido social.

## 4.3. Comunicación y lenguaje inclusivo: narrar de otro modo lo invisible

El lenguaje constituye uno de los espacios donde se dirimen las luchas por el reconocimiento. Las palabras que utilizamos para nombrar realidades invisibles definen las posibilidades de su comprensión. En el caso de la discapacidad visual, la comunicación social y el vocabulario cotidiano tienden a reforzar modelos binarios: o se es «ciego

total», figura simbolizada por el bastón blanco, o se es «vidente», figura de la normatividad absoluta. Entre ambos extremos, se pierde la multiplicidad de matices que representan las limitaciones visuales intermedias, invisibilizando millones de biografías.

Por ello, la comunicación debe transformarse en un dispositivo de visibilización. Se trata de abandonar las caricaturas y los relatos superficiales para dar lugar a narrativas que representen la complejidad de la experiencia.

Los medios de comunicación, por su capacidad de alcance masivo, ocupan un papel estratégico en este proceso. Su responsabilidad consiste en ofrecer representaciones pluralizadas, alejadas tanto del sensacionalismo como de la victimización. Mostrar personas con baja visión que trabajan, estudian, crean, ejercen proyectos vitales sin tener que demostrar permanentemente la existencia de su discapacidad constituye una forma de desmontar los prejuicios implícitos.

En paralelo, la comunicación intersubjetiva, la que ocurre en la vida cotidiana, también debe transformarse. Escuchar sin prejuizar, aceptar explicaciones sin suspicacia, reconocer necesidades de apoyo sin cuestionarlas, son prácticas micro que, multiplicadas, pueden generar un cambio cultural profundo. La narración de lo invisible empieza, muchas veces, en la manera en que aceptamos la palabra de quien comparte su experiencia.

#### **4.4. Comunidad, redes de apoyo y acción colectiva**

Finalmente, más allá de las instituciones estatales, la sociedad civil desempeña un papel irremplazable. Las asociaciones de personas con discapacidad visual, los colectivos de defensa de derechos, las plataformas ciudadanas y las redes comunitarias constituyen espacios de resistencia simbólica y de afirmación colectiva.

El poder de estas redes radica en su capacidad de romper el aislamiento, generar sentimiento de pertenencia y transformar la experiencia individual de invisibilidad en acción colectiva. Lo que para una persona puede parecer un cúmulo de dificultades personales, en el marco del colectivo se convierte en denuncia política contra las estructuras que sistemáticamente niegan su existencia.

La acción colectiva tiene también un efecto pedagógico hacia afuera: al organizar actos, jornadas, manifestaciones, encuentros culturales, los colectivos hacen visible lo

invisible en el espacio público, exigiendo reconocimiento social y político. Estos espacios posibilitan, además, la circulación de saberes prácticos: estrategias de adaptación, experiencias de superación de barreras, herramientas de autoayuda. La comunidad, en definitiva, convierte la soledad del estigma en fuerza compartida.

## 5. Conclusión

Hablar de la discapacidad visual invisible es, en el fondo, explorar los límites de lo que una sociedad está dispuesta a reconocer como real, como legítimo y como digno de apoyo. El recorrido de este análisis nos sitúa, inevitablemente, ante un espejo incómodo: el de una cultura obsesionada con el orden visible, con la transparencia de los signos y la comodidad de las certezas inmediatas. En tal contexto, aquellos cuerpos y subjetividades que desafían esa economía de la evidencia quedan atrapados en un terreno ambiguo, donde el derecho al reconocimiento se convierte en una lucha diaria y silenciosa.

Lo invisible no es simplemente lo que no se ve, sino lo que no se quiere o no se sabe mirar. Las personas con discapacidad visual no evidente son interpelaciones vivientes ante la tendencia colectiva a confinar la diferencia a categorías cerradas, fácilmente administrables. La sospecha, la incredulidad y la exigencia constante de pruebas son reflejos de una fragilidad colectiva frente a la complejidad de la condición humana. Hay, bajo la infranqueable corteza de la invisibilidad, una llamada a repensar los marcos éticos y políticos desde los que sostenemos la vida en común.

Quizás ahí reside la verdadera potencia crítica de la discapacidad visual invisible: no solo como objeto de políticas de inclusión, sino como desafío radical al monolitismo del «ver para creer». Invita a desmontar las alianzas tácitas entre normalidad y visibilidad, preguntándonos cuántas experiencias quedan soterradas bajo el peso de expectativas ajenas y cuántas identidades podrían florecer si el espacio social estuviera habitado por la escucha, la duda productiva y el reconocimiento sin concesiones.

Más allá de toda pulsión resumidora, lo que permanece es la urgencia de nuevas pedagogías, de formas de convivencia dispuestas a apropiarse de la pregunta —¿quién más permanece invisible entre nosotros?— y a reconocer la diversidad no solo como dato demográfico, sino como horizonte moral y político. Vivir con otros implica aprender que la diferencia nunca es del todo visible, pero su negación siempre genera

exclusión y sufrimiento. Frente a ello, la apuesta por hacer visible lo invisible es, ante todo, una ética de la mirada y del encuentro, una convicción de que la justicia social empieza por aprender a distinguir, aun sin ver.

## 6. Referencias bibliográficas

Goffman, E. (1963). *Stigma: notes on the management of spoiled identity*. Prentice-Hall.

Gómez-Ulla, F., y Ondategui, S. (2012). *Informe sobre la ceguera en España*. Ernst & Young, S.L. [https://www.esvision.es/wp-content/uploads/2019/11/Informe\\_Ceguera.pdf](https://www.esvision.es/wp-content/uploads/2019/11/Informe_Ceguera.pdf).

Mead, G. H. (1991). *Espíritu, identidad y sociedad desde el punto de vista del conductismo social*. Paidós.

Organización Mundial de la Salud. (2019). *Informe mundial sobre la visión*. Organización Mundial de la Salud. <https://iris.who.int/server/api/core/bitstreams/bd280342-a4e1-40fe-991f-2728d84bdb9e/content>.

Organización Mundial de la Salud. (2022). *Discapacidad mundial: cifras y tendencias*. Organización Mundial de la Salud.

Instituto Nacional de Estadística. (2022). *Encuesta de discapacidad, autonomía personal y situaciones de dependencia (EDAD)*. Nota de prensa.

---

**Itziar Ventura Trenado.** Politóloga y socióloga. Correo electrónico: [itzi.ventre@gmail.com](mailto:itzi.ventre@gmail.com).

---

Ventura Trenado, I. (2025). La doble ruptura de expectativas: estigma y discapacidad visual invisible en la sociedad contemporánea. *RED Visual: Revista Especializada en Discapacidad Visual*, (86), 48-60. <https://doi.org/10.53094/UESP6980>.